

AL REDEDOR DEL ESTILO

XIX

El susurro divino de dentro nuestro..., la voz íntima que nos viene de aquella voz pura y creadora que dijo: «Hagase», y quedó hecho... ¡la voz!

Se ha dicho mucho de la nariz de Cleopatra y del influjo que tuvo en los destinos de la civilización grecolatina. Pero... ¿y en la voz?, ¡la voz de Cleopatra? Acaso se han conquistado más corazones con la voz, con la boca que habla, que con la mirada, con los ojos que miran y llaman. ¿Cómo sonaría la voz de Jesús cuando habló a la Samaritana? Hay una belleza íntima, hay un estilo en ciertas personas que sólo un ciego puede apreciar. Hay más veces que caras que nos engañan. Y no es su timbre o su tono en el sentido acústico; es su estilo, el estilo de la voz. Es, a las veces, lo que llamamos tonillo.

Valle-Inclán me hacía notar una vez que Hernán Cortés, cuya espada era estilo, apacaba un motín de aztecas haciendo rodar sobre sus cabezas y sus corazones una arenga en castellano—en extremeño—, lengua que los aztecas no entendían. Su voz mandaba. Su voz era un estilo que se imprimía en los corazones.

Y todo estilo escrito que no procede de estilo hablado; toda letra que no deriva de voz, de palabra, no es estilo, no es nada.

¿Hay un lenguaje oral y otro escrito? ¿Hay estilo oral? ¿Es acaso la oratoria una cosa y la literatura otra?

Ved que *rhetor* en griego es lo mismo que *orator* en latín y *hablador*—*decidor* más bien— en castellano, y que *retórica*, por lo tanto, viene a ser *oratoria* y... *habladuría*. Y que literatura es otra cosa. ¿Qué le queda a un orador que no sea otra cosa, a un retórico que no sea literato, si le quitan la voz? Pero la voz, su modulación, es ya un estilo.

Se ha llamado a la lengua «la sin hueso». ¿Es esto así? Y en todo caso, ¿es el estilo hueso? Y no olvidemos que cabe dibujar la niebla. No sólo una nube, sino la niebla misma, que tiene contorno,

que tiene dibujo, que tiene estilo. Lo que nosotros decimos «hombre de carne y hueso», los ingleses dicen «hombre de carne y sangre»—*meat of flesh and blood*.

*

Todo lo que precede en este pequeño ensayo, en esta estrofa de la serie está escrito, aquí en París, sobre apuntes que saqué de Fuerteventura; pero ahora me encuentro con que no atino adonde iban a parar esas reflexiones errabundas sobre la voz, sobre el estilo de la voz. Creo recordar que me las sugirió el rumor incesante de la mar, su canto brizador de nuestras inextinguibles inquietudes. Allí empecé a comprender y sentir la música, a la que he sido siempre retuso. E inserté esas apuntaciones sobre el estilo de la voz, sobre la personalidad de la voz, sobre la esencia espiritual de la voz, oyendo la de la mar, que es voz, y voz más que humana. Porque el canto de la mar no es instrumental, es vocal. Y quise meter el sentido de su melodía infinita en la prosa continua, fluida de estos ensayos.

Pero ¿es que no se pierde así unidad? ¿Es que esta obra que llevo a cabo en estos artículos, distribuidos bajo cifras romanas, tiene armonía, tiene unidad armónica?

Con que tenga la del estilo, me basta. La reflexión del estilo es hacer estilo, y el estilo es lo único que da unidad íntima, viva y orgánica a una obra de arte. Todo lo demás es falsa unidad, es apariencia de unidad, es unidad superficial—de cáscara—, muerta y mecánica; es unidad de principio y fin. Y este río de sentimientos y de reflexiones sobre el estilo, ni en rigor ha tenido principio ni puede tener fin.

(Pero no se asuste el lector, pues, por razones de índole pragmática pienso darle fin, y muy pronto. Lo que no quita que en todo lo demás que escriba, sea lo que fuere, trate principal y esencialmente de estilo, aun sin nombrarlo. Lo que llaman filosofía crítica es una filosofía sobre el método, es una metodología, y lo que podemos llamar filosofía estética, o, mejor, filosofía imagina-

da y sentida, es una filosofía sobre el estilo. Sin que esto quiera decir que el estilo es método, o sea camino. El estilo es camino, y es a la vez lo que camina. O un camino que camina, como es un río. No un camino por el que se va, sino un camino que nos lleva.)

¿Inconcrecencia? ¿Divagación? Si hubiera escrito un tratado sobre el estilo, con rigurosa ordenación melódica, acaso con teoremas, con enredijos de positivismo psicológico, habría hecho algo que satisficiera más a los preceptistas; pero me habría sido imposible hacerlo en mi estilo; me habría sido imposible hacer estilo en él. Y, por lo tanto, allí no se habría tratado, en rigor, del estilo.

Todo tratado de poética que no lo escriba un poeta, carece de valor poético o creativo; no sirve ni para ayudar a hacer poesía ni a comprenderla. Y un poeta prefiere

re hacer poesía a escribir un tratado de poética.

Y luego, ¿creo el lector que la vida, que la vida fluida, que la sangre de la vida, y no su hueso—que es lo que sobrevive a la muerte total—, tiene otra unidad que la del estilo?

Y ahora os voy a contar lo que nuestro Galdós pensaba del estilo.

Miguel DE UNAMUNO

